SAPITOS EN LA VIA

EL VASCO UGARTEMENDIA CON SU HIJO RUBEN

DON ALFREDO TORRESI. Maquinista de Mecha. Maestro de maestros.

El FOGUISTA

La llegada del ferrocarril a mitad del siglo XIX trajo consigo una nueva clase social: los ferroviarios. Con el advenimiento del nuevo transporte, se produjeron una serie de adaptaciones laborales y tecnológicas que dieron lugar a trabajos vinculados exclusivamente al mundo ferroviario. Jefes de estación, tráfico de circulación, guardagujas, interventores, cambistas, guardas, guardabarreras, capataces, telegrafistas, avisadores, boleteros, maquinistas, fogoneros, jefes de tren,mozos de camarotes y comedor,cuadrillas reparaciones de vía y/o estaciones y puentes, son algunos de los oficios que se desarrollaron con el ferrocarril. Con la modernización ferroviaria en el último tercio del siglo XX, y sobre todo con la muerte del vapor, la mayor parte han desaparecido, pocos perviven y los que lo hacen tienen una nueva denominación. Las generaciones actuales apenas si tienen contacto con supervivientes de ese entorno.

De la lista de oficios, surge la imagen del fogonero: Su jornada de trabajo comenzaba dos horas antes de la partida del tren; debía llegar al depósito de máquinas sesenta minutos antes que su compañero para encender el hogar y calentar el agua en la caldera, que debía tener la presión justa para que la locomotora pudiera iniciar la marcha. Trajinaba en el reducido espacio de la máquina manejando paladas con carbón de hulla o madera, siempre a la intemperie, sin protección, a merced del frío, la lluvia o el abrasador sol de verano.

Mi vida empezó como Ayudante del Conductor -nada que ver con aquellos pioneros-, pareja inseparable del maquinista, su tarea principal era alimentar el fuego del hogar de la locomotora de vapor, aunque como auxiliar participaba en su limpieza y engrase. También se ocupaba del freno del ténder (el vagón inmediato a la máquina),trabajo duro; paleando unas 4 toneladas de carbón al día en las líneas de vía estrecha y del orden de 11 en las de vía ancha. El reglamento de las compañías ferroviarias establecía a fines del siglo XIX que, para ser fogonero, era preciso "saber leer y escribir, tener de 22 a 35 años, ser robusto, poseer buena vista y buen oído", así como "ser herreros, caldereros, torneros o ajustadores". Era frecuente que cada maquinista y fogonero tuviera asignada la misma locomotora, que cuidaban y protegían como algo propio. Para evitar desplazarse hasta la instalación ferroviaria e informarse del horario de comienzo de trabajo, se hacía habitual la existencia de 'llamadores', personas que, pagadas por la pareja de trabajo, se ocupaban de informarles del horario y jornada asignados. Las horas de trabajo dependían de las necesidades del servicio.

SAPITOS EN LA VIA

1) DE FAMILIA FERROVIARIA

Apenas tenía siete años cuando, en familia, nos trasladábamos a un pequeño pueblo pampeano, Realicó, al norte de la provincia de La Pampa. Las razones…mi viejo, Beto, había solicitado una vacante de Capataz de la Cuadrilla de Reparaciones y Artesanos de ese lugar, y al habérsele adjudicado, para allá partíamos. Yo había cursado primer grado en la Escuela Nº 4 de Alberti, tenía amigos en el barrio, jugábamos a la pelota en la canchita de la Estación hasta tarde y tomaba el mate cocido todos las tardes en lo de la abuela Aída… ¿Podría olvidar todo eso??

Lo que más recuerdo, fue la noche en que el Tío José con su Peugeot 404, nos llevó a mamá y mis hermanos a la estación Coronel Mom, ya que por ese ramal corría el Ranquelino, formación que unía Once con Colonia Alvear, vía ramal Suipacha Bayauca…

Mi madre era de una hermosa genética tana, flaquita, rubia, de ensortijada melena, narigona y de unos inconfundibles ojos claros que brillaban en su sonrisa.De su mano, cuatro cachorros seguiditos, Dardo, Guillermo, José María y Yo, el mayor. Sólo llevábamos lo puesto y alguna golosina, el termo con leche tibia y dos valijas. Papá ya había despachado días antes un vagón con todos los enseres y muebles de la casa y nos estaba esperando en destino.

Esa noche hacía mucho frio, y para colmo, el tren pasaba tarde, no sé bien, pero era tarde. El tío nos llevó por el camino rural, y cuando llegamos a la estación, nos saludó con un beso, y nos dijo: Hasta Pronto… abrazó a mamá, le deseó mucha suerte y, creo, que entre sus dedos deslizó unos pesos a la mano temblorosa de la vieja..

¿Por qué esa acción? El Tío José había ganado la Lotería, un fin de año anterior, tenía un décimo del billete sorteado y pasó a ser el millonario de la familia jojojo… Bue.. Volvamos al relato. Sentaditos en la sala de espera, se abrió la ventanilla de los pasajes y un señor con bigotes y gorra negra, avisó que el Ranque llegaría en cinco minutos. Así que mamá tomó las valijas, nos juntó en el pliego de su pollera y salimos a la galería, fría, iluminada, y con muchas parejitas que esperaban la llegada del convoy. Miré hacia la derecha en el horizonte oscuro y vi la luz movediza sobre los rieles a lo lejos. Se acercaba, se acercaba, brillosa, enorme, lastimaba mis ojos. Nos agarramos fuerte con mis hermanos, José en brazos de mamá y las dos valijas a nuestro lado. Y apareció tronando un silbido que no había escuchado antes.

Es que nunca había viajado en tren, solo había visto a veces al Diesel que pasaba todos los días por Alberti. Pero éste era diferente; con el tiempo supe que era un Coche Motor Fiat, una "Chanchita" hermosa, finamente pintada, con muchas luces, cómoda y ligera, muy ligera. Subimos con los chicos y mamá, y el Guarda, muy amable, tomó las valijas y nos llevó hacia adelante, nos ubicó entre dos asientos abiertos, de categoría segunda, preguntó adónde viajábamos, y se puso muy contento cuando vio los pases ferroviarios, los carnets, la causa de nuestro viaje. Mamá acercó sus manos a una rejilla que había debajo de la ventanilla, y nos transmitió el calor de sus manos… guauuuu, qué calorcito, hay calefacción, qué buenooo… Con nuestros cuerpos recuperando temperatura, no dejábamos de relojearlo todo, a los pasajeros, a la ventanilla, al pasillo, y…¿Qué hay al fondo???

Mis hermanos dormitaban, mamá leía una Corín Tellado y yo no soportaba esas ganas de ir al fondo para saber qué había.. Sólo notaba que se achicaba el pasillo y que un señor ofrecía bebidas, agua caliente, o algo así sobre una baranda tipo mostrador. Sorprendió mi imaginación la voz del Guarda que pasaba con un: "Próxima Parada Warnes " ; me arrodillé en el asiento y pude ver que el final del coche resultaba una gran vidriera, dividida, que mostraba la trocha, los rieles, el camino de tránsito, qué hermosura, y se veía que llegaba un pueblo, se notaban sus luces, su estación , la gente. Llegamos a Warnes. Fuuuu, qué bueno..

—Mamá, ¿puedo ir al pasillo? ¿Me dejás, mamá? me portaré bien, solo quiero mirar. ¿Puedo ir ??

Porota me miró, esa mirada de mamá conmovía, me quería decir que no, pero, ¿qué me podía negar? Sabía los cambios que ocurrirían en nuestra vidas, sabía todo lo nuevo que se acercaba, cómo decirme que no..

—Andá, Gustavito, pero portáte bien y hace caso al Señor del Bar. No molestes…¿Sí?? ¿Me lo prometes?

—Sí, mamá. Sí, mamá.

Despacito y bamboleando mi cuerpo, me fui acercando. Una baranda alta dividía el pasillo. Era un pequeño bar atendido por quien más tarde supe era el Gallego. Formidables personajes que a cargo de la concesión de servicios, ofrecían bebidas frías y calientes, café, sándwiches de poco fiambre, turrones y alfajores, todo sobre sus bandejas o dentro de sus carros plomizos. Empilchaba una chaqueta de taberna gallega color caqui, bien peinado, bigotes amplios y cara de buen tipo.

—Buenas noches, Jovencito…¿Deseas algo de aquí??

—No,señor, sólo quería mirar un poco si me permite…

—Pues, claro que sí… Mira lo que quieras, ¿viajas lejos?

─No sé… creo que sí, voy a vivir a un nuevo lugar. Allí trabaja mi papá. Es ferroviario. Artesano, albañil.

Me miró fijamente,me asustó… y sacando del bolsillo de su chaqueta, me ofreció un turrón..¿Qué hago?? ¿Lo agarro??

─Tómalo, pequeño, ¿cómo te llamas?

─Gustavo, señor. Y gracias. Gracias

─Y dime una cosa, Gustavillo. ¿Cómo se llama tu papá?'

─Roberto Rojo, Señor y le dicen Beto..

Nuevamente clavó su mirada en mí..

─Beto Rojo es tu padre…¿El Beto??

─Sí, señor, ¿lo conoce?

─Claro que sí. Cómo no conocerlo. Casi todos los últimos domingos hemos compartido el viaje, hemos mateado, ¡claro que lo conozco! Somos amigos. Y ¿aquella señora y los niños? ¿Son su familia??

─Sí… Mamá y mis hermanos.

─Puesbien…ponte cómodo… acércate al frente, verás el camino, animales que se cruzan, estaciones, gente,, nos quedan siete horas de viaje. Deléitate.

No podía creerlo. Estaba en la punta del tren. La luz iluminaba sobre la tierra húmeda, sobre sus pastos, y a una increíble velocidad el horizonte se volvía palpable. Miles de bichitos de luz se aplastaban sobre el parabrisas divididos, ratones, zorrinos, comadrejas, peludos, perdices… intentaban esquivar esa mole que se les venía encima, y que casi siempre resultaba ser lo último de su existencia. Parecía que la vía estaba en muy buen estado, ya que apenas nos sacudíamos, y la velocidad era muy alta. No lo sé.. Pero qué ligero que íbamos. Con el tiempo supe que sí:la vía estaba en excelente estado, y la "chanchita" cumplía el horario a unos 100, 110 kms la hora.. Con el paso del tiempo, sabría que no se repetiría en el futuro mayor eficiencia.

Pasadas unas dos horas, concentró mis sentidos una gran cantidad lumínica. El Guarda había advertido la llegada a Lincoln, y que los pasajeros que continuaban con destino Realicó y sus intermedias, debían permanecer en los dos primeros coches. Suavemente se deslizó la formación por la estación

brillante, con mucha gente en su galería, con personal ferroviario y sus carretillas llamadas zorras, cargadas de encomiendas, y con diarieros, con revistas, con chicos ofreciendo caramelos, confites, y hasta helados… con ese frío. Jajajaja. Eso hacia enojar al gallego, parece.. No permitiría que subieran…

Estaba distraído en esas cosas, cuando me sorprendió que se abriera una pequeña puerta del lado izquierdo. No lo había notado, qué tonto… Pero salió un señor grandote, vestido con un saco oscuro, y portando una valija de cuero marrón, me saludó amigablemente y se despidió con: Buen viaje, amigo…

Contestando su saludo, y ni bien se perdió en el pasillo, giré mi cabeza hacia el interior de donde había salido..Fiuuuuu.. Era el lugar del maquinista de la "Chanchita.." Apenas iluminado, lograba ver un sillón, varios relojes, una manija sobre lo que sería el comando, unas palancas, y lo que parecía un calentador eléctrico.. No pude distinguir mucho más, ya que la llegada de un nuevo señor, que entró rápidamente a la salita, me desconcentró. Cerró la puerta tras guiñarme un ojo en señal de amistad, y se escuchó un ruido como si se escapara aire de alguna tubería. Las luces del tren parpadearon en alta y baja, y un silbato fino y largo puso en movimiento nuevamente la formación. Clarito se distinguía un mástil de señales, con sus faroles encendidos y la señal de salida baja. Allá vamos, a La Pampa. Guauuuu.

Entrada la madrugada, mamá dormitaba sobre al apoyabrazo y mis hermanos, tapados con una frazada rayada, desmayados, cansados, en otro mundo. Yo estaba extasiado, aunque poco a poco, una somnolencia me atrapaba poco a poco. Casi venciéndome, la noche mostraba su inmensidad, las estrellas, la luna roja en el horizonte, mientras comenzaba a caer sobre las vías lo que sería una fuerte helada. Seguía paradito con un poco de frío, cuando, la puerta de la cabina se entreabrió, y allí lo pude ver nuevamente. Con la mirada fija hacia adelante, la mano derecha en una manija, saboreaba un enorme mate de zapallo. Su cabeza estaba cubierta por una gorra gris, con orejeras, y usaba anteojos oscuros. No tardó mucho en darse cuenta de que lo observaba. Me miró, sonrió, y nuevamente dirigió la mirada hacia adelante. Pasados unos momentos, regresaba el Mozo de su recorrida;"¿Quieres tomar un dulce?"y, acercándose, le ofreció un café al maquinista que dejó su mate y estiró la mano para tomar el caliente pocillo de plástico con negro y humeante contenido. Clavando sus ojos en mi mirada me preguntó:

—Muchachito, ¿cómo estás? ¿Viajás lejos? No te has movido en largo tiempo. ¿Te gusta el tren?
—Sí, me gusta mucho, viajo con mamá y mis hermanos, a Realicó..

─Ahhh, es el hijo del Beto, el de la cuadrilla de artesanos, ¿te acuerdas? ─intervino el gallego.
─Claro que sí, hijo de Beto..¿Quieres mirar desde acá adentro? Pasa, pasa…

Y allí por primera vez, pisé la cabina de un maquinista..

2- REALICÓ

Nuestra casa era la típica vivienda inglesa ferroviaria …aggiornada al lugar: enormes piezas, un pasillo que las unía debajo de la galería cubierta de enredaderas, cocina de 5 por 5 metros. Baño con bañera enlozada, inodoro y bidet (no lo conocíamos) y afuera, al fondo, el escusado.. Al costado, el pozo de agua, el aljibe, calzado, hermoso, con una cadena y su balde. Cuando llovía, poco frecuente, el agua de los techos se juntaba en las canaletas que alimentaban al pozo, agua limpia y fresquita. Un patio de dimensiones grandes, dividido con nuestros vecinos por alambrado tipo gallinero, del grueso; con dos moles de plantas, no recuerdo el nombre, que daban unas ramitas finitas, apenas cubiertas con hojas, que brindaban una oportuna sombra en las calurosas tardes veraniegas. Y adelante, separados por el alambrado y una puerta de hierro, la calle de tierra… más arena que tierra, con cardos rusos que traía el viento quién sabe de qué médano.. Cerquita nomás, apenas cincuenta metros, el monte gigante de la playa ferroviaria, lugar donde se encontraba la casa del Inspector de Vía y Obras, y el asentamiento de la cuadrilla de los muchachos, los amigos Catangos…allí vivían en forma permanente el Petiso Ananis y el Ruso Kuseski. Durante el verano, nos dejaban dar un fresco chapuzón en su baño de chapa, agua fresquita que venía de Simson por cañería subterránea.

No pasó mucho tiempo de Escuela, la Nº 34, cuando ya estaba incorporado a los compinches del barrio. Casi todos hijos de ferroviarios, el Tero Caballero, los Tordos Avilas, el Gallego González, los Rodrigo, (hijos del periodista del pueblo), el Chon Maranzano, el Piojo Ambrosio, los Gringos y Cipriano… Tardes enteras jugando en la tierra, entre los durmientes y rieles. Los sábados, el Tero robaba las llaves del candado de la zorra del padre.. Ernesto Caballero resultaba ser el guarda hilos y revisador de ese tramo, así que, nos subíamos todos a la zorrita, la de bomba, es decir, con una manivela que sube y baja y pone en movimiento las ruedas. Y partíamos vía Simson, vía Quetrequén, a cazar lo que se cruzaba, a traer huevos de perdices, peludos, pichis, montarazas, … qué felicidad, y nuestro perro perdicero que nos seguía, el Teófilo, de color marrón, y olfato seguro. La zorra tomaba velocidad, y la risa se perdía sobre la vía seca. Volvíamos cuando el sol se escondía tras los piquillines, los caldenes, los pastos sedosos, finos, espinosos… con lo que habíamos encontrado… y riéndonos, nos íbamos a la casa del Tero , donde la abuela y la Chía (tía) nos preparaban un tremendo mate cocido con galleta dura… ¡Qué felicidad!

El pueblo estaba dividido por las vías: el centro y sus pocas calles asfaltadas, del lado sur de la estación, con su plaza, iglesia, destacamento policial, escuela primaria y secundaria, parquecito infantil y negocios en

general, incluidas sedes deportivas…y del lado norte, atrás de la vía, cambio brutal de situación: casas bajas, ranchitos, calles poceadas, médanos sobre alambrados caídos, caballos , vacas , burros, ovejas todos sueltos y a la deriva… la cancha de Ferro de Realicó, bastión de club pobre pero de fiel hinchada dominguera donde quiera que jugara; su contra, Sportivo, el rojinegro, con sede social en calle Sarmiento esquina España.. más cheto, más de salón…Allí sobre uno de los costados de la cancha verdolaga, vivían los gringos, Daniel, Oscar, Rubén y Marcelito, por el sobrenombre de su mamá, la Gringa, reconocida vendedora de tortas fritas, mujer hermosa, trabajadora y de reconocida voluntad para mantener su hogar junto al papá, obrero de los Molinos Warner. Todas las mañana, pasaban por casa Daniel y Rubén, compañeros de escuela, la 34; el Director era un Señor de bigotes grandes cuyo nombre no recuerdo. Cursábamos el tercer grado bajo la batuta de una maestra bajita, de muy buen carácter, suavecita, la Señorita Ale, la Turca.

Con ellos nos divertíamos en las fosas del viejo galpón ferroviario y en su mesa giratoria. Abandonado, el viejo edificio de mampostería y chapa, abrigaba cientos de palomas y gorriones, y el viento silbaba entre sus vidrios rotos. Cuántas historias de vida obrera se perdió por sus pasillos.

Un domingo, mamá nos preparó a Dardo y a mí, para ir a misa, obligados, si queríamos tomar la comunión, por el cura tosco, alemán. Pasaron los gringos por casa y, con la mejor ropa que teníamos, incluidas las poleras blancas que la Tía Marisa nos había tejido a todos los hermanos, partimos para la iglesia. Pero, el día anterior, nos habíamos enterado por los parlantes de una vieja camioneta y los volantes que arrojaba su conductor, que en el terreno enfrente de la cancha, había llegado un circo. Imagínense, ¡un circo! Y sí… en vez de la misa, nos fuimos para el Circo!!! Nos recibió un hombre petiso, feo, de ropas extravagantes, quien sin darnos mucha importancia, nos preguntó qué hacíamos allí. Nada, solo ver a los animales: un mono, una cebra, un burro, perros pequineses y dos ponis. Mirándonos, ofreció una entrada a la ronda de la tarde si juntábamos los papeles y desechos que habían quedado de la noche anterior entre las butacas de hierro, bajo la carpa. Culos para arriba y a juntar lo que se encontrara. Varios caramelos llenaron las palmas de mis manos, ya que mi pantalón era raso, sin bolsillos, y cuando los íbamos a repartir, nuevamente el petiso nos dirigió la palabra para decirnos: “Denle algunos al mono que está en la jaula”. Me acerqué hasta el pobre animal y comencé a pelar un masticable. Sin que me diera cuenta, el simio sacó sus garras con destreza de entre los barrotes y se prendió a mi brazo derecho. No me soltaba, me arañaba, rasgando la ropa, mi polera blanca, mi camiseta de invierno nueva; desde el codo hasta la muñeca, arrancaba todo y dejaba sus uñas marcadas con sangre. ¡Mi Dios!, los gritos, propios y de los chicos, hicieron que aflojara con el premio del caramelo

y restos de lana en su boca. ¿Y ahora?? ¿Qué hacemos?? ¡Cómo regreso a casa…!

Desinfectada la herida por la mujer del dueño del circo, arrancamos para donde seguramente la ligaría.. Mamá nunca me pegaba, sólo me corría con la escoba..jajajaja. Encabezada por el dueño del circo, una larga caravana de chicos se fue asociando a nuestro lado Y llegamos a casa. Un fuerte golpe de manos en la puerta de hierro, atrajo a Porota que me miró, pregunto qué pasaba, si yo estaba bien… Sólo se escuchó:“ El animal está vacunado, doña, sólo es un rasguño; ah, y tiene las entradas para la ronda …”

Sin más preguntas, mamá asintió con su cabeza y abriendo la portada me invitó a pasar… Caminando despacio por la galería miré hacia atrás, se marchaba la banda de chicos y vecinos riéndose. Esperé rendido, subyugado, la paja de la escoba sobre mi espalda. TE AMO MAMÁ.

DON RUBEN UGARTEMENDIA ***El vasco***

Capitulo 3 ***SORPRESA***

El pequeño bolso de cuerina colgaba de mi hombro derecho, mientras caminaba empujando entre la gente hacia la punta del andén 8 de la estación Once. Solo sentía zumbidos, gritos de algún nombre, trenes eléctricos que salían y entraban a la terminal y un sudor de escalofríos en mí frente a pesar del frío inesperado. Yo resultaba ser un flaco alto, morocho, pelo corto enrulado, de caminar erguido, algo atlético, vestía a la moda de la época, vaquero y camisa oscura, y un camperón que definía mi situación:

FERROCARRIL DOMINGO F. SARMIENTO – Personal de Conducción-

Jajajajaja…. apenas hacía meses que practicaba como Ayudante, mayormente en Playa de Maniobras de Haedo, sentado a la izquierda de las viejas General Motors G8 , las Marías, las chiquitas, las del trabajo pesado. Y ahora estaba allí, rozando el costado de los coches de segunda, primera, pullman, encomiendas, del tren con destino a General Pico, el 155, el sueño de todo Conductor, de todo Ayudante, un tren de los mejores que en algún momento se lo denominó como "EL CALDEN".

Miré mi reloj: las 20:45. Faltaban unos minutos, a las 21 y cinco minutos, saldríamos. Mi corazón creo que subió sus palpitaciones al llegar a la cola de la locomotora GR 12 , numeración 6627 de 12 cilindros en V, 1310 HP de fuerza motriz que rugía en baja, levantando aire para sus frenos.

Todo había comenzado un año antes, cuando, sin yo saberlo, mi viejo, Beto, Capataz de Cuadrilla de Reparaciones de Puentes y Estaciones, me había inscripto en una convocatoria para ingresar al Curso de Ayudantes que se iniciaba ese año, 1981. En ese entonces, mi vida se nutría de buen dinero, puesto que el buen pasar económico del Club Social del pueblo mantenía un formidable status y, mi condición de mozo en las salas de juego, me permitía vestirme bien, tener en esa época, una moto Yamaha, guauuuuu. Además, que mis hermanos y amigos se comieran sus hamburguesas gratis los sábados y comprar siete kilos de carne semanales para mamá. Porota nunca me agarró un mango; siempre me decía: "Son tuyos, hijo; con que compres la carne diaria, lo demás es tuyo".

Así fue, como un sábado de Febrero del 81, llega de la Estación local un empleado en bicicleta, portando un telegrama chiquito de papel fino color amarillo, como añejado, con una misiva casi indescifrable por su escritura gótica. Mamá lo atiende y me llama para que firmara la conformidad de haberlo recibido, y con esa sonrisa particular que mostraba sus dientes uniformes, el Negro Romano, el papá de Graciela y Aldito, el cambista de la estación, me decía contento: "Te felicito, te vas a hacer el Curso de Maquinista, te felicito Colimba (ese era mi sobrenombre) … mi hijo , Aldito, también va!! "

En verdad, ¡¡¡ no entendía nada!!!pero me resultaba medio molesto. Yo estaba bien donde trabajaba, no me faltaba moneda, me empilchaba en Ñaró, la mejor tienda de Alberti; noviaba con alguna linda chica, podía bailar en los francos en Le Chateau, fumaba importados Parissien que le compraba a la Vaca Cataño, el importador contrabandista del pueblo. ¡No quería cambiar de vida!!!

En eso llegó el viejo, venía de la quinta, porque siempre mantuvo los fines de semana su quintita de verduras y algún chanchito. Le mostré el telegrama, lo leyó, me miró y lo dijo todo con una mirada dura, pero a la vez feliz.

El domingo debía salir para Haedo.

Capítulo 4 PRESENTACIÓN

Avancé unos diez pasos más y llegué hasta la parte inferior de la ventanilla izquierda de la locomotora. No se veía a nadie,¿¿qué hacer?? Noté que uno de los guardas me observaba desde unos quince metros; su inexpresiva cara se modificó con un gesto de sorpresa. Es que estaban acostumbrados a que sólo personal viejo, experimentado, con oficio, se acercara a la máquina, y ahí estaba yo, un desgarbado y asombrado novato llamando al conductor. No pasaron unos segundos cuando, al ver que nadie me atendía, me tomé por las escalerillas delanteras y subí a la cabina. Ingresé casi con miedo. Estaba vacía. Rápidamente acomodé el bolsito en el asiento central, debajo de la fusilera y, recordando las instrucciones que había recibido, me dirigí a la puerta cuatro, lateral derecho, busqué el regulador de aceite y el tubo de agua… todo bien, completo. Cerré la puerta pesada con el machacar del motor que mantenía sus vueltas perezosamente para regresar a mi lugar, abrir la ventanilla y sacarme el camperón.

Estaba transpirando con el viento frío de los andenes. Mientras fijaba el espejo retrovisor, allí lo vi. Era una figura que ocupaba todo el vidrio, flaco, alto, con un andar pausado pero seguro, mostrando su campera gris que completaba con un pantalón del mismo tono, tipo pinzado, camisa blanca, zapatos puntudos y una valija como de cuero con manija brillante. Una suave humareda recorría su rostro desde el cigarro, firme entre sus labios apenas cubiertos con el bigote recortado. Prácticamente sin desviar la vista, saludó a los muchachos de la encomienda y se detuvo bajo la escalerilla; sin interrumpir el silencio, con un ademán de brazos para alzar su maleta y mirándome fijo, la ofreció para que yo la tome. En un santiamén lo tenía al lado, obligándome a ponerme de pie y, sin que me lo pida, como exigiéndomelo, a presentarme.

¿Quién era yo? ¿Qué hacía en ese lugar? ¿Dónde estaba su Ayudante de siempre?

—Ehhhhh…Soy Gustavo Rojo, su acompañante ayudante por unos viajes, hasta que el Negro Lizarazo regrese de las vacaciones… creo que es hasta el 31 de marzo Señor!!!!!

El cigarro que se consumía expiró; un fuerte soplido oscuro para terminar expulsándolo por la escalinata en señal del desencanto que le producía la noticia. Estábamos en horario de salida, y se enteraba de que el Negro Lizarazo no vendría: su mano derecha en las vías hoy no estaba, qué cagada, pensaría. Se acomodó en el gastado asiento de conducir, prendió otro negro, y comenzó a relojear los controles de la GR. Me daba cuenta de que no le importaba mi presencia, ignorándome totalmente sólo lanzó una pregunta que hasta el día de hoy quedó en mis oídos para siempre: “¿Miró el agua y el aceite, Pendejo?” Esa dolorosa y punzante misiva fue respondida con

un quizás tajante y desfachatada: “Sí, todo bien y también está el matafuego, los fusibles de 800 amperes y las bengalas…”

Largó una carcajada desafiante y miró su reloj…. Un silbido del guarda despabiló mi mente y los parlantes de la estación informaban: Plataforma N.º 8, Tren 155, destino General Pico, con parada en Haedo, Luján, Mercedes, García, Suipacha, Gorostiaga, Chivilcoy, Benítez, Vaccarezza, Mechita, Bragado y continuación, próximo a partir, horario de salida 21:05 hs….

Atención personal de Conducciónnnn Tren 155, Guarda Pasajeros y Encomiendas, su Tren 155 DESPACHADO….. Don Rubén esperó que mi mano izquierda levantada, con medio cuerpo afuera apoyado en la ventanilla bajara, para dar largada al convoy repleto, mientras delante nuestro el cabinero de control agitaba la bandera verde que nos autorizaba a partir. Varios corrían a la par de las puertas de los vagones, pegando el saltito para subirse con el último escalón en marcha.

La poderosa máquina pareció temblar mientras su motor gemía en un lamento de humo y silbatos de su bocina. Punto 2, 3, 4 y, parejo, con la trompa en punta, comenzaba la hermosa aventura de mi primer tren de pasajeros de larga distancia. Las sienes palpitaban de alegría y la vista se agotaba contra los paredones, intentando descifrar si las señales nos daban vía libre o desviaban a otras secundarias. Allá Vamosssss…. El viejo maestro se había colocado anteojos, gurruñaba su boca en el pucho y con un silencio entre ruidos me hacía ademanes para que observara adelante, mientras con dos señas de luces Baja y Alta saludábamos al cabinero. En la “ESE” de salida de Once, pegué un último vistazo por el espejo a la cola del tren: de lo que podía ver, eran 11 coches Materfer, fabricación cordobesa, de los buenos, entre encomiendas, segunda, primera y pullman, y en el último, la linterna vidrio verde al aire del guardatrén que nos daba el visto bueno de partida.

¡Ahora sí, hasta Caballito palo a palo, o nos gana un eléctrico!

Resulta difícil explicar la situación, pero existe (o al menos lo era en esos tiempos), un sistema de ruta que debe ser respetado a rajatabla. El tren circula con un horario de estación a estación, y si en la zona local, por cualquier circunstancia se modifica, la prioridad la van a tener los coches eléctricos atrasando al de larga distancia. Por eso es tan importante no perder el ritmo y mantenerse dentro de los parámetros establecidos.

En once minutos estábamos en Caballito, estación que se pasaba a fondo, en Punto 8, lanzados a unos 90 Kilómetros por hora, algo estremecedor, con barreras bajas atestadas de automóviles, con andenes a quince centímetros de tu trayectoria casi besándote, DIOSSSSS, qué adrenalina. Unos minutos después, se escuchó el descenso de vueltas del regulador y una suave aplicación de aire comprimido que asentaron la marcha. Nos acercábamos a

Floresta, lugar donde, con el tiempo, aprendí que tomar a fondo una curva que se hallaba a la entrada de la parada, podría provocar un descarrilo y trágico desenlace. La entrada al andén fue nuevamente con la tracción a fondo, lo que hizo que la gente se corriera jajaja, qué cagazo, parecía que entraba un misil, jajajaja.

Viejo loco, yo sé que la estaba gozando. Y gozaba de mi cagazo. Quedaron atrás Villa Luro, Liniers con sus múltiples vías y señales, Ciudadela, Ramos Mejía y entramos a Haedo. No había sentido su voz en todo el recorrido, pero al detenerse el tren en la vieja estación, con una suave pero decidida orden, escuché un: "Asómese m´hijo, en cinco salimos, grítele al guarda que acelere, vamos, hágalo, NUNCA ANDUVO EN UN PASAJERO USTED…?"

−Sí, sí, don Rubén, ya lo hago…

Envalentonado por aquellas palabras y queriendo demostrar sapiencia, comencé a agitar mis brazos asomado nuevamente en la ventanilla, desesperado al ver la cantidad de encomiendas que estaban subiendo. Pero, como si todo estuviera previsto, a las 21:30 y algo más, la campana de bronce sonó en forma de tres tam,tam,tam… autorizando al guarda a partir y éste alzaba su pañuelo verde, mientras el cabinero de Playa Centro cerraba la trampa trabando los cambios y la señal de pescado (Precaución) nos daba lugar a carretear y dejar atrás el eléctrico parado en el otro andén. Cerré la puerta y abrí mis pulmones. Noté una sonrisa cómplice en el viejo zorro. Es que pegados al túnel central de Haedo, sentados en el banco de madera, seis o siete camaradas cuchicheaban nuestro desempeño y posibles errores. Se juntaban el Alfredo Torresi, Oreste Giorgi el Gordo Blomberg, Marcelino, el Gringo Zanardi, Plaza, Carlitos Distefano, jajaja… lo mejor de la época.

Todo había salido bien…, y con esa sonrisa, creo que con un poquito de cariño, yo nacía en su duro corazón ferroviario. Una nueva aventura estaba por comenzar.

Capitulo 5 Estación VACCAREZZA

Esa noche será imborrable en mi mente, la tensión reinante en la cabina se transformaba en felicidad y en susto. Intentaba por todos los medios estar atento a las mil cosas que sucedían: el estado de las vías, los pasos a nivel, las estaciones que rozábamos, las luces de los vehículos que cruzaban los paso a nivel, los eléctricos que venían de frente y parecían chocarnos, el chirriar de los bogues, las señales fijas y banderillas de cabineros, y ese constante aullido de bocina a aire tan inconfundible de las GR.

El vasco como siempre, mantenía al rojo la colilla de su cigarrillo, y mezclaba la sonrisa tipo "guasón" de su rostro cadavérico con un entrecejo fulminante, firme observando la vía que se consumía con el paso del tren. Antes de darme cuenta llegamos a Luján. Clavada la locomotora en el paso nivel oeste, entre barreras bajas atestadas de vehículos, mi ansiedad se perdía en la mirada hacia el andén, donde varios empleados intentaban acelerar la descarga de muchos bultos-encomiendas destinados a esa estación. Nos despachan, y nuevamente al campo…. Me pareció ver un afloje de tensión en el rostro del maestro… íbamos bien, con la luna de frente y oscuridad en el horizonte.

Pocas veces fijé tanto la mirada en la vía como aquella noche, pero mis sienes explotaban en cada nueva llegada a las ciudades más importantes con su proporción en pasajeros, bultos, estafetas…¡se transportaban tantas encomiendas…! Allí era todo a pulmón: los ayudantes o cambistas se esforzaban por cargar rápidamente los bultos sobre las zorras ante la atenta mirada de guardas y por sobre todo del Jefe de Estación, que mantenía su mano firme tirando la cadena de la campana, lista para doblegarla cuanto antes. Así pasó Mercedes, Suipacha, Gorostiaga, hermosa con sus flores, y andén premiado por su prolijidad; Chivilcoy, Benítez y llegaba Vaccarezza.

No lo podía creer. ¡Venía mi pueblo!, ¡me desbordaba la emoción! Y no sólo eso, lo que más me alegraba era que en sentido ascendente, el ayudante va sentado a la izquierda de la trompa de la máquina, por lo tanto, al entrar a la estación todos los que estuvieran en su galería podrían verme.

¡Dios!, estarían mis amigos, mis vecinos, los muchachos ferroviarios, y tal vez alguna muñeca preciosa que se vestía para la ocasión de los viernes cuando llegaba el tren de la medianoche.

Don Rubén mantenía las revoluciones de la locomotora en forma constante, a unos 105 o 106 Km. por hora, algo que es posible saber no sólo por el velocímetro, sino porque existe una forma que no todos conocen. Si se observa a la par de la vía, a unos diez metros, se encuentran los rieles en forma de T que sostienen los alambres del telégrafo. El kilometraje está marcado en

los postes. Entre postes de cada kilómetro hay 12 columnas. Por ejemplo, Km 10 el poste siguiente tiene inscripto 10/1, 10/2 hasta 10/11 y el siguiente K 11. Esa división métrica (kilómetros) en forma sexagesimal (tiempo horario) es para calcular la velocidad. Pues bien, antes de alcanzar el primer mojón -o marca en el palo del telégrafo- hay que mantener la velocidad constante que queremos certificar. Al llegar al primero miramos nuestro cronómetro o reloj y lo frenamos al llegar a la segunda marca. Los parámetros son fáciles: a 60 kilómetros por hora, lo habrás recorrido en 60 segundos; a 80 km/h, en 45 segundos; a 90 km/h, en 40 segundos; a 100 km/h, en 36 segundos; a 120 km/h, en 30 segundos. Generalmente, y cuando las vías lo permitían, hacíamos el horario a unos 108 km/h, unos 31 o 32 segundos puesto que a algunas GR 12,superando esa velocidad les saltaba el corte de suministro eléctrico a los motores de tracción ordenado por el regulador. Así de esa manera, sabíamos a qué velocidad se estaba transitando.

El estado en ese tramo se mantenía sólido, firme, parejo, sin golpes de vía y pocos pasos niveles, por lo que la estabilidad horaria estaba asegurada. No podía llevar la ventanilla abierta, puesto que ese verano había sido muy llovedero, provocando un crecimiento de las plantaciones lindantes que se acostaban perezosamente sobre la trama provocando una lluvia de hojitas y ramas al paso del pata de fierro. Hasta que, conocedor de estos paisajes, recordé que se venía La Clarita, el puente de la laguna. Distinguí el tramo de agua desde lejos por la crecida reciente y pensé: "¿tomará el puente a esta velocidad?"

De golpe, Km 186, palo 9, señal de Precaución a 30… ésta nos daba aviso de que a unos 300 metros no podíamos superar los 30 Km de velocidad. A punto de preguntar algo, algo, ¡¡¡¡no sé qué!!!! el viejo maestro sabedor de mi susto, bajó los puntos de aceleración a cero y se escuchó la aplicación de unos kilos de freno al vacío. Parecía que nos pasaban los coches por arriba, la noble máquina chirriaba en su poder de contención hasta que se apiló el tren reduciendo su marcha, de a poquito, de a poquito, 100 metros, 50 y la vía en declive, allí estaba, regordeta de agua dulce, de bañados, de canales, lugar obligado de pesca en mi juventud, ¡el puente de La Clarita!

Lo miré a Don Rubén que me guiñó el ojo y, haciéndome con su mano izquierda el típico gesto con los dedos juntos en pico, me largo un …

RESULTÓ CAGOOÓNNNN. Jajajaja.

Nuevamente a fondo para subir la pendiente hasta la entrada al pueblo, que en ese entonces no poseía la extensión de ahora. Pasamos el paso a nivel del campo del "Zorro Vaccarezza", y ya se distinguía la señal baja de autorización a la estación. Y las luces amarillas, característica de mi pueblo

¿¿¿Imaginan ustedes mi alegría??? No, no la pueden imaginar, seré siempre egoísta en eso, jamás nadie sabrá lo que sentía cuando llegaba a Alberti, estación Vaccarezza.

¡¡¡ Abrí la ventanilla, Colimba, tenés que tirar el fierro del palo staff , y tomar el aro de la vía libre, aprovechá que te vean, no te rías, que vean tu pasada las chicas y que los pibes envidien, un poco asombrados, quién maneja esta bestia!!!!

Paso a nivel de lo Beraza y todavía muy ligero, entrada al andén, la gente que se corre, tiro el aro de Benítez y me asomo para enganchar el que nos habilita hasta Mechita. Tiembla la estación con el rugir de los motores recuperando aire de frenos y pasamos hasta que se detiene frente al tanque de agua. Polvareda de tierra y chispas en todos sus bogues hace que nadie mire la ventanilla, nadie te vio Colimba, NADIE. Excepto el viejo comisionista del pueblo que recorría Buenos Aires en bicicleta, don Perico Ladaga, que pedía unos segundos, pues no le habían bajado todavía su baúl de mimbre.

“Cómo no, Perico, ¡¡¡tómese su tiempo!!! Baje su baúl tranquilo…”

Capitulo 6 <u>SAPITOS EN LA VIA</u>

El año 1983 fue particularmente lamentable por las inundaciones que arrasaron con buena parte de la llanura pampeana, dejando pueblos enteros bajo el agua como así también miles de hectáreas agrícolas arruinadas y animales flotando o perdidos tratando de encontrar una zona alta. La cosa también complicó el correr de las formaciones para el interior pampeano. En uno de esos servicios, ya pasando Olascoaga, se vino a mi mente lo que por miedo a la repuesta a mi ignorancia, nunca había preguntado. ¿Por qué había tantas alcantarillas? ¿A qué se debían esos puentes donde jamás había visto agua? Los ingenieros ingleses habían hecho un buen trabajo de campo. Sus mediciones habían resultado ser correctas y de una premonición impecable. El agua corría por cada respiro que le ofrecía el terraplén férreo, conteniendo la masa enorme que amenazaba los poblados, por lo que la pasaron mal América, Nueve de Julio, Pehuajó, Trenque Lauquen, Carlos Casares, Carlos Tejedor, y tantos otros pueblos intermedios, pequeños, huérfanos, sin comunicación, solos contra el destino oscuro.

Es así como, luego de llegar a Carlos Tejedor, ya en noche cerrada, avanzábamos a nuestro destino, Timote, lugar donde nos relevaba personal de Gral. Pico. Estábamos relativamente a horario, apenas unos minutos atrasados, pero recuperables en el último tramo. El viejo zorro no me había hablado en la última media hora; no había ocurrido nada especial, simplemente que, siempre llegando al punto de relevo, se ponía ansioso, miraba continuamente su reloj de bolsillo, quería llegar a horario. Esa era la principal preocupación, llegar justo a tiempo y que nadie pudiese comentar que el "pasajero" del Vasco Ugarte arribaba atrasado.

La marcha se mantenía estable, a regular velocidad ya que los rieles se hallaban con una humedad continua, lo que los hacía algo peligroso por los golpes que existían. La vía libre recibida en Tejedor, nos advertía la posibilidad de que en el Km 418 encontráramos agua sobre la vía, ya que se había desbordado la laguna Peniguen o Los Naranjos, agua que baja desde Villegas arrasando todo a su paso. Ya estaba inundado Colonia Seré, Tres Algarrobos, Timote etc. La formación estaba integrada por un vagón de carga general y encomiendas, un pullman, dos coches de primera y dos de segunda. Es que había sido dividido en dos en Bragado: una parte para Pico, otra parte para Toay, a cargo de El Puelche… Esto significaba que un tren más liviano, no siempre es resultado de calidad en horarios, ya que, a mayor cantidad de coches, mayor es el poder de frenado del mismo. Pero volvamos al relato…. Nos acercábamos al lugar indicado que estaba inundado. La luna era enorme esa

tarde-noche. Tremenda luna llena. Se reflejaba en los charcos aledaños y nos guiaba en la tenue oscuridad.

Los sacudones de la máquina en forma horizontal no alientan a la alarma, pero cuando los movimientos son laterales, vaya que te asustan. Resulta que los bogues que son libres en su movimiento, cuando saltan no producen el susto, pero todo cambia cuando la máquina se viborea lateralmente. Entonces, puede producir un deslizamiento de los rieles y en consecuencia descarrilar. El viejo aflojó un poco, iríamos a 60, 63 Km por hora. Nos daba chance de llegar medianamente a horario y salvar el honor ante los relevos que tanto le incomodaban. Y ahí estaba la laguna, cubriendo todo el espectro de vía... Imponente. Veíamos pasar el agua sobre los rieles, yo le calculaba que estábamos a unos tres metros en altura del badén. El viejo aflojó más la marcha, contuvo la respiración y prendió un pucho nuevo. La fiel GR 12 pareció gemir. Y un suave estertor del sistema de freno contuvo mi susto ante la presencia de solo agua. No se veía la vía, éramos parte de la laguna… Aflojó más, y comenzamos a cruzar unos trescientos metros de algo que no se percibía. Que el agua no entrara en los motores eléctricos, sería complicado. Solo una vibración continua, feroz, nos manifestaba que estábamos sobre la vía. Así, así, despacito, despacito, llegamos hasta el final del pasaje de agua con mi respiración contenida. No sé la del viejo, ni siquiera lo miraba, tal era el miedo que sentía, o no sé, sería el temor a caernos en la inmensidad pampeana.

Uffff, llegamos al final del lagunar, don Rubén aceleró a fondo, el rugido inundó mis tímpanos alegres y sentí un gran alivio interior. Él se acomodó la campera y largó un silbido conmovedor… ¡llegaremos a horario! Pero…¡¡¡qué ocurre!!!Empezamos a tironear, la máquina patinaba, el motor se desinflaba en un largo ronquido y cortaba para volver a empezar. Don Rubén se paró sobre su asiento, me miró y casi en un brote de explosión histérica, me hacía señas y gritaba: **Arenero, Pibe, arenerooooooo…**

En un instante mi mano se fue al dispositivo neumático de caída de arena ante las ruedas de la máquina. Ese sistema permitía que no se produjera tan violentamente la patinada de las ruedas producida por la fricción. Caía arena delante de ellas y asperezaba la superficie. La heroica máquina se afirmó, y empezó a tironear eficazmente la formación, y fue allí cuando reconocí lo que producida tal efecto. La voz del conductor me lo confirmó. **SAPITOS EN LA VIA**…. Las crías pequeñas de los sapos y ranas, se amontonaban sobre los rieles contemplando la luna, eso provocaba que cuando las ruedas del tren las pisaban, una capa de cuerpos vivos con agua, aceitaba la fricción y nos hacía perder velocidad y horario.

La entrada a Timote fue a puro humo, chillidos y chispas de frenado, pero seis minutos más tarde del horario habitual. El personal de relevo se acercaba a la máquina mientras nosotros juntábamos nuestros cacharros. La

sonrisa burlona del “Pito” Becares hacía brillar sus dientes desparejos. ¿Qué pasó, Viejo?... ¿algún problema o sólo atraso normal?¡Cómo le molestaba esa pregunta a Don Rubén! Su similar pampeano aprovechaba la ocasión para refregarle la llegada a destiempo. **“Nada Pito… solo Sapitos en la Vía, solo eso, Sapitos en la Vía. Maldita inundación”.**

Capitulo 7 <u>LA BRUJA BERTO</u>

El ramal Lincoln- Roberts- Cuenca – Timote tiene un recorrido de 86 Km. de vía en regulares condiciones, con muchos bañados, puentes, alcantarillas y ocasionalmente animales sobre ellas, ya que los campos aledaños poseían los alambrados deteriorados. Sus estaciones y poblados fueron establecidos como en tantos otros lugares, para compensar las necesidades de las grandes estancias que cubrían la llanura pampeana. Las formaciones que recorrían este ramal resultaban diagramadas, es decir, con días y horarios fijos y continuos. Es así como Lunes, Miércoles y Viernes, personal de la dotación Roberts y Mecha cumplimentaba el transporte de hacienda con destino final Mercado de Liniers. Domingo, Martes y Jueves a eso de las 18.00 hs. partían con destino final Timote, dejando en las intermedias la cantidad de rejas vacías (como se llamaba a los vagones de hacienda), para en la madrugada siguiente engancharlas con los animales listos, alimentados, bien provistos de agua, sus respectivos precintos y guías con destino al mercado. Su personal estaba compuesto por Juancito Gorjon , Carlitos Elordi , Chango Cárdenas y el Gringo Prieto, quienes resultaban ser muy considerados por su experiencia del lugar, ya que siempre recorrían la misma vía y cumplían los mismos servicios.

Ese año, y debido a las grandes inundaciones, se habían agregado a pedido de los estancieros, formaciones extras para poder sacar los semovientes rápidamente y no perder más vacunos ahogados y/o aislados. A raíz de la necesidad de contar con mayor cantidad de personal, tuve la suerte de ser transferido por tres meses, en condiciones de Ayudante, con el mechitense Daniel Domine, alias El Chivo, seudónimo heredado del padre. Resultaba ser una gran oportunidad no sólo para conocer otros lugares, sino porque nos abonaban un viático llamado *corrido*, es decir, cobrábamos una interesante bonificación por permanecer en forma permanente en Roberts, a la espera de ser asignado a lo que surgiera. Contentos, nos alojamos en el local de la dotación, hermosa construcción ferroviaria de estilo inglés, con amplia cocina, habitaciones, baño y galería abierta. Contaba con una gran cocina a leña, lo que la hacía acogedora en el crudo y húmedo invierno que particularmente parecía notarse más en esa zona. Daniel rápidamente fue advertido por la mirada femenina de las chicas del barrio. Atlético, de ensortijada melena rubia y un rostro angelical, esas cualidades lo hacían muy atractivo, máxime que entonaba una guitarra acústica que lo acompañaba a cualquier lugar que visitara. Nos habíamos acomodado en piezas distintas, ya que lo que sobraba era espacio y camas. Utilizados laboralmente en contadas ocasiones, la mayor parte del tiempo estábamos a órdenes, juntos, ocupándonos las mayorías de las veces en realizar maniobras de desmiembres de formaciones y armar trenes de carga y/o

hacienda que depositábamos en distintas vías y, desde allí los corría personal de Mecha o Lincoln.

Ese jueves sabíamos que tenía que llegar *un vacío de rejas* para desparramar en el ramal. Había llovido mucho la última semana y estaba en duda la corrida o suspensión del servicio. Llegó lánguidamente la tardecita y nos acurrucamos junto a la cocina que estaba a full, y mantenía una agradable temperatura en el inmenso comedor. No poseíamos televisión, por lo que la guitarra de Daniel sonaba en un repetir de melodías anacrónicas.

Una noche helada, estaba revolviendo un guiso carrero cuando le pedí que aflojara un poco con los rasguidos. Es que había creído escuchar lo que parecía un pitazo de una máquina que se acercaba a la estación. Nuevamente se repitió un largo aullido confirmando lo que había sentido, viene un tren.

"Paaaaa, justo esta noche que hace un frio bárbaro; seguro que en minutos nos vienen a buscar para relevar al personal".

"Vamos Dani, vamos hasta la estación a ver qué pasa…"

Estábamos por salir cuando se abre la puerta de entrada, y la figura inconfundible de la Bruja Berto, viejo maquinista de Mecha, aparece con su risa burlona. Traía sobre sus hombros un poncho marrón y arrastraba un valijón que por su estado, lo debía de haber acompañado toda su campaña laboral.

"Buenas noches pendejos… ¿Qué pieza está libre?¿Hay comida para todos...? Vine con el Gordo Baltare que se quedó haciendo la maniobra y en un rato llega. El tren muere acá, no sale para el ramal. Así que se salvaron, pibes"

"Ufff, qué bueno" pensé.

"Hola, don Berto, ¿cómo anda? Acomódese en la 1, está libre y, claro que hay guiso para todos y tenemos chuletas.

El viejo se fue a pegar un baño y enseguida barrimos y acomodamos la mesa; pusimos los platos, vasos y cubiertos. Dani salió a ver si conseguía un poco más de pan. Esa noche no estábamos solos. Cena compartida con compañeros. Qué alegría. La Bruja y el Gordo Baltare, qué alegría…

Capitulo 8 <u>PAPAS POR GALLO</u>

No más allá de las once de la noche apareció Marito Baltare, compañero excelente para discutir política y estado general de la situación. Empedernido lector de la Revista Humor, empapado de conocimientos, de estructuras partidarias, de roscas en el poder, resultaba placentero para mí escuchar su sapiencia, con suave apoyo al radicalismo y a la figura de Raúl Alfonsín. Nos saludamos con un abrazo y ahí nomás se fue a pegar un baño para compartir una rica y suculenta cena de fideos y carne en guiso y, por las dudas, tres enormes chuletas. Con el rabillo del ojo izquierdo, pude distinguir la figura de la Bruja Berto empinándose un enorme vaso de aluminio pesado, característico acompañante de los maquinistas de antes para pelear el calor laboral. Mama mía…Qué sorbete. Y no era el primero, la damajuana de tinto a media asta me lo traducía. Y así continuó la cena entre risas, galleta empapada en guiso y tinto que se esfumaba en gargantas sensibles jajajajaja…

El calor de la cocina a leña invitaba a la guitarra del Chivo Domine, y surgieron zambas, valses y alguna cumbia de la época. Todo ese clima fomentado por la noche fría y el calor de la cocina a leña, el guiso, el vino y la camaradería. Ya cerca de las dos nos aprestábamos a reposar el cuerpo. Limpiamos la mesa, barrimos, pusimos la plata del PRODE (se denomina así al aporte diario para adquirir los elementos necesarios de limpieza y mantenimiento) y… a la cucha. Todo listo, pero el viejo maquinista no parecía con ganas de retirarse. Al contrario. Estaba por demás de alegre, casi pesado, molestaba al fin, e insistía con algo que ya había insinuado pero a lo que no le habíamos dado pelota. HAY QUE ROBARLE UNA GALLINA AL VECINO DE AL LADO, para un puchero mañana…Lo repitió dos o tres veces… Está loco… robarle al viejito Portugués las gallinas??? Nada menos que al abuelo que siempre nos da una mano con el perejil, la lechuga amarga, los huevosss, ni locos!!!Me fui al baño ya con destino final la cama, y entonces se escuchó el ruido de la silla que caía, el viejo Berto salía paaaa el fondooo…. Qué cagada.

Me acerqué hasta el alambrado donde se había afirmado, y le supliqué que no lo hiciera, que nos iban a echar del local, que nosotros vivíamos allí, que no nos hiciera eso…. pero resultaba en vano discutir con él.Ya las gallinas cacareaban, y hasta me pareció escuchar un ladrido de perro. No me quedó otra que sugerirle que se volviera adentro, que yo iba a saltar la alambrada y le iba a traer su ansiada gallina. Me miró en la oscuridad y con un DALE me dejó la silla que había llevado para saltar el tejido.

Daniel y Mario no aguantaban la risa y me alentaban para que pasara. Puse una silla de este lado y una banqueta del otro para poder apoyar los pies. Sudando frío revoleé las piernas y, agachado, me acerqué al apostadero gallináceo que resultaba ser un chaperío apoyado en dos tanques de aceite en desuso donde, sobre unas tablas y cañas, descansaban las nobles aves. Se espantaron varias de ellas, pero logré apretujar una y, sin darle tiempo a defenderse, le retorcí el cogote para lanzarla al otro lado, a nuestro patio. Nuevamente escuché el gruñir del ratonero y me disponía a volver pero… Quería otra, la Bruja Berto gritaba OTRA MÁS… me paralicé… ¿qué estaba haciendo ese viejo loco…?¡Me estaba descubriendo!!! Agarré otro animal, lo "asesiné" sin miramientos en un retorcer del cogote, elevándolo en un tiro rasante por sobre el paredón de nuestra vivienda. Y crucé, ahora sí, entre aullidos perrunos y corridas de gallinas.

Todo, adentro, eran risas y cargadas de cuatro vagos medio borrachos, y festejo alocado en la arrugada cara del viejo maquinista. A la cama nosotros, él se encargaba de la pelada y limpieza de las aves…Adormirrr, jajajaja , qué cagada habíamos cometido, le habíamos robado al Portugués..

Que nadie se entere o somos carne de cañón.

Me desperté cuando la luz de media mañana invadió la enorme pieza, ya que la puerta de frente, como toda casa ferroviaria de estilo inglés, se dividía en tres partes, dos de vidrio y una de madera. Apenas acariciaba el sol las viejas cortinas y el silencio no ocultaba los ronquidos de Daniel. Incorporándome, le tiré con la almohada y lo llamé imitando a una gallina… ¡Arriba dormilón, son cerca de las diez… vamos… arriba! Mi compañero se despertó, se lavó la cara en una palangana mientras yo me preparaba el porongo correntino con yerba amarga y agua semicaliente. Le acerqué un amargo y me pidió un poco de agua para afeitarse en la galería donde colgaba un espejo enorme. La Bruja Berto y Mario se habían ido temprano con el vacio y, desgraciados… ¡Se habían llevado las aves de corral, ni una pluma dejaron!

Así que seguí cebando mates y pensando que cocinaríamos ese mediodía. En eso estábamos, cuando alcanzo a ver la detención de un viejo Renault 12 convertido en Patrullero Policial que estacionaba sobre nuestra vereda. Se apersonó el Oficial que ya conocíamos, nos miró con cara cómplice y llamó a su acompañante que resultaba ser el vecino de atrás, el viejito Portugués. Abrí la puerta de alambre, les dije: "Buen día". Sin respuesta. Los invité a que pasaran, ya que no quería que nadie viera la escena que me imaginaba sucedería.

El viejito entró de un tirón hasta donde estaba Daniel afeitándose y, dándose vuelta para mirarme, nos increpó con: "Me robaron gallinas anoche…"

Me dejó helado… Cómo se dio cuenta de que le habíamos sacado los plumíferos… El Poli, cómplice, se sonreía y trataba de contener a nuestro vecino.

"¿Cómo me hacen esto, atorrantes?" reclamaba en su porteñeau forma de expresarse mitad castellano algo portugués. Mostrándome sorprendido me animé a preguntarle: "¿Cómo sabe que le sacamos gallinas? Mire todas las que tiene. ¿Las contó, usted?

"Sois unos desfachatadosss… me di cuenta porque me sacaron el único gallo que tenía, sois unos desfachatados… repetía el viejo amigo entre las sonrisas escondidas del uniformado y de mi compañero. Yo no sabía qué decirle e intentando un abrazo conciliador, tranquilicé a don Erasmo prometiendo zanjar con una bolsa de papas los daños ocasionados. Mañana helada en Roberts, pero había entrado en calor…

Capitulo 9.CARNE FRESCA

La seccional Realicó en el Norte de La Pampa, se mantenía estable en sus labores con dos trenes fundamentales, el 5120 Pico - Villa Mercedes y el 5119, viceversa, un carguero de varios embarques (cereal, piedra, vino, carbón, leña, conservas) y además los domingos ocupaba una yunta para el pasajero que descendía a Villegas vía Lincoln-Once.

En ciertas circunstancias me tocó compartir el servicio con los apreciados amigos y camaradas, Néstor Vargas y/o Walter Collazo. En esta oportunidad voy a contarles lo sucedido con Néstor una noche cerrada de niebla y humedad, del helado invierno pampeano.

Nos había tocado en esa ocasión correr el tren de pasajeros con una máquina de la nueva generación que había llegado al Sarmiento, la G22 U.

Las locomotoras G-22 CW, no llegaron a nuestro ferrocarril en forma directa, sino que fueron transferidas desde el Ferrocarril Urquiza. La llegada de éstas al Sarmiento se debió a que el Ferrocarril Roca tenía problemas de tracción y para tratar de solucionar dicho problema, el Sarmiento le transfirió varias de sus G-12 W y GR-12 W. Terminado "en parte" el problema del Roca, ahora era el Sarmiento el que comenzaba a tener dificultades ya que su parque motriz había quedado reducido. Fue por ese motivo que llegaron las G-22 transferidas desde el Urquiza. A mediados de los ´80 de las 40 locomotoras que se le asignaron al F.C. Urquiza, 13 de ellas fueron retrochadas en los talleres de Liniers para ser transferidas al Ferrocarril Sarmiento. Sucedió porque las mismas resultaban de trocha media (1435 mm, es decir ancho estándar), en cambio en nuestra línea los rieles se ubicaban en trocha ancha (1676 mm.) .

Es por eso que esa noche nos hallábamos en el comando de la G22 7602, bailadora, muy sensible al estado irregular de las vías en ese sector frágil, húmedo, viboreado. La formación no era muy grandiosa, apenas seis coches: como siempre el encomienda, el pulman, dos primeras y dos segundas. Demás está decir que salía casi completo, y se terminaba de llenar entre Larroude, Hilario Lagos, Villegas, Gral. Pinto… llegando así a Lincoln con todos sus asientos ocupados. La noche, como contaba, resultaba muy cerrada; entre la humedad y la niebla en los bajos, se tornaba un poco difícil de distinguir los rieles. Pero lo conocíamos de memoria, así que, tranqui, casi sin dirigirnos la palabra nos acercábamos a destino.

Habíamos dejado atrás Coronel Granada y nos dirigíamos a Pazos Kanki, una estación clausurada que debería aparecer en unos cincuenta minutos, largo trecho tedioso, a paso *lenteja*, no más de 40 a 42 Km de velocidad. Por eso preparé el mate amargo y luego de escupir el primero le ofrecí el porongo a Néstor que venía a cargo en ese momento. Saboreados unos

cuantos tibios, y acercándonos a la mencionada estación, entre la neblina cerrada, le marqué que habíamos pasado el disco de aproximación, por lo que a 800 metros teníamos los cambios de Pazos Kanki,y, a decir verdad, pensé para mis adentros que íbamos un poco ligero. Se lo dije y Néstor asintió con la cabeza y le dio otro chupón al mate. Algo me recordó que el Jefe de Estación tenía muchos vacunos sueltos y si bien los encerraba por las noches, muchas veces los habíamos visto saltar raspando ante la pasada del convoy. Estaba pensando en eso cuando la sacudida del pisado de cambios nos indicaba la entrada a la playa de vía; su señal estaba clausurada y no debíamos detenernos. Aplicada una suave presión del comprimido de la formación, el tren se aplacó a la altura del depósito de agua, sobre el andén. Y fue allí cuando me pareció distinguir a unos trescientos metros la figura de una vaca echada, y dos, y tres y varias, todas seguidas, como en hilera, con sus ojos brillantes , enceguecidos por la luz profunda del faro alto. Le grito: ¡Animales!, cortá la luz, y dale a la bocina, Nestorrrr… y acelerá a fondo.

Solo segundos, y comenzó la explosión de golpes, el pisoteo de cueros, carne y huesos… segundos interminables, con el tren que comienza a detenerse por la rotura de la manguera de acople del freno vació-comprimido, lo que produce la inmediata entrada en emergencia y actuación del frenado en toda la formación dando esa horrible sensación de descarrilo. Lo miré a mi compañero y creo que vi la misma imagen que él habrá observado en mí: asombro, susto, cagazo.. Estábamos bien, solo algo de rumen y bosta de las pobres vacas en los vidrios y limpiaparabrisas. Pero sobre los rieles…sin descarrilo aparente. En breve tiempo se acerca el jefe de tren, el guarda Carlitos García, viejo amigo de Mechita y nos comunica que está todo bien, con la gente un poco asustada ya que la mayoría dormía, pero bien. Sólo se había golpeado una pierna el gallego del bar, preparando el café negro…¡pobre gallego!

Pero las sorpresas no terminaban allí… del coche encomienda bajan varias personas, dos, tres, cuatro: son los integrantes de la cuadrilla de vía con asiento en Lincoln, que regresaban de sus hogares para trabajar a partir del lunes. Reconozco a varios de Realicó y de Colonia Alvear, y a otros muchachos, todos con cuchillos en las manos…Se acercan a la máquina y miran debajo de los bogues y al costado de la vía, con sus linternas en busca de las víctimas. Piden permiso para empezar la faena. Mientras, nosotros nos abocamos a zanjar las pérdidas de aire en la manga de freno, con los tapones de madera.

Tenemos media hora por lo menos hasta normalizar el sistema así que… manos a la obra muchachos, carne fresca para todos. ¿Me guardan una nalga? Gracias…

Capitulo 10 – Jabalí a la vista

Con Henri Libolsi nos unía y lo sigue haciendo una amistad inquebrantable, única, indisoluble, para siempre. Supimos de reuniones familiares, cumpleaños, festicholas, escapadas a los boliches, a los bares, en Realicó, en Pico, en Timote… vivimos juntos compartiendo pieza en el local de Realicó, pasamos frío, noches de fiambre, nos reímos y lloramos embriagados por la cerveza. Él se subía al servicio en estado etílico, despeinado, medio abandonado, con su polera amarilla y el vaquero gastado, zapatos y, en el invierno, guantes. Qué gran amigo, qué compañero, cuánto extraño su compañía… Pocas veces trabajamos juntos, creo que dos o a lo sumo tres. En una de ellas, nos tocó, por tener el mismo descanso, quedar primeros y salir con un servicio de jaulas de hacienda hacia Quemú Quemú, ramal Valentín Gómez e intermedias. Así que alrededor de las 14:30, sacamos la máquina del depósito de Pico, playa, enganche de 13 jaulas y salida a Quemú. En cola, de guarda y Jefe de tren, el Torta. Apenas habríamos hecho unos kilómetros a marcha regular, el Cieguito, apodo de Henri, ya descansaba con sus ojos entrecerrados y las piernas apoyadas sobre el burlete de la ventanilla de la puerta. No quedó otra; puse el calentador armado por el Negro Zaccaro, pava de aluminio, mate calabaza, y amargos calentitos…

La tarde muere de a poco, se despereza sobre los bañados llenos con juncos, gallaretas, gansos, nutrias, algún zorro asustado, patos crestones… Despierto a Henri con un amargo, me mira, se despereza y se viene para el lado de los comandos.

“Descansa un poco vos, Choco, yo ya dormí bastante” me dice. Así que le dejo la pava y abro la puerta trasera izquierda, me voy a entretener sobre la baranda, con una honda en mis manos, atento a ver si sale alguna martineta…

En Agustoni, nos esperaba un jefe relevante, no poseía personal estable, pero cuando la estancia del lugar cargaba *rejas*, venia un auxiliar de González Moreno y cumplimentaba el servicio. Nos recibió con una enorme sonrisa el Negro Chazarreta, amigazo, varias veces había venido en la máquina con nosotros a distintas estaciones perdidas en el norte pampeano. Nos abrazamos, dijimos alguna tontería, y lo ayudé con la maniobra, hasta que dejamos en tercera, sobre el embarcadero, tres jaulitas limpias para los novillos que esa noche acercarían los gauchos de La Rosaura, enorme establecimiento del lugar. Nuevamente sobre la principal, arrancamos para Valentín Gómez, donde depositaríamos seis jaulas restante ya que en Alfredo Peña habían quedado otras tres de las trece que habían iniciado el viaje. Últimos veinte y pico kilómetros con agua en todos los rincones, era grande la crecida; el Rio Quinto traía caudal para varios años de campos anegados. De golpe, un grito de Henri me

sobresalta. “Choco, Choco, mirá la vía… va corriendo un chancho, un jabalí, Choco…” Me prendo al vidrio de la puerta delantera, que no se puede abrir ya que está soldada.

─Siiiií, lo veo, mirá cómo corre, es grande el desgraciado. No aceleres Cieguito (Sobrenombre de Henri) No aceleres, mirá que está bravo acá…

Corría el salvaje animal sobre la húmeda vía y de golpe…¡ desaparece a unos ochenta metros adelante!

─ ¿Qué pasó? ¿Dónde está? Mirá los palos del telégrafo… fijáte el kilómetro…

Giro la vista agudizando para poder distinguir la chapa que marca Km 67…

─Lo tengo, Henriii, se bajó entre los charcos en el 67... 66 y medio…

─Ok… lo buscamos a la vuelta.

Sabíamos que en un rato volvíamos vacíos, sólo con el furgón del Guarda Tren. Sobraría tiempo para buscarlo jojojojo.

Con sobrada emoción iniciamos el regreso a Quemú..a marcha vivaz con solo el furgón naranja del Jefe de Tren, el amigo que se vino en la máquina con nosotros después que le comentamos lo del jabalí…

Palo Km 65, atentos, marcha lenta, punto 1, sola la máquina, rechina sobre rieles húmedos en la tarde que muere. Unos pitazos para alertar a ver si sale… Ahí está otra vez… corriendo asustado sobre el desparejo caminito que queda entre la trocha, armado por los propios pisoteos de los bichos del lugar. Acelera un punto más el Henri a la resoplona Gr 6598, La Alicia, que se desplaza detrás del fiero chancho. Cuando estábamos a unos quince metros, entre unos durmientes faltantes que permitían el paso de agua de un costado al otro, la bestia se acomodó en el espacio libre y ahí nomás se quedó. Detuvimos la marcha, Tortita, el guarda, bajó por la escalerilla y desenfundó un *berijero* filoso como un bisturí que siempre lo acompañaba. Sin siquiera dejar acomodarnos, el jabalí estaba despanzado y un costillar de carnes rojas con una paleta gorda invitaba al asado. Esa noche, fuego y carne, vino y pan, cuentos y anécdotas, tres amigos se deleitan con alegría con lo que brinda la madre naturaleza. Gracias Dios.

Capitulo11 .***QUE LO PAGUE CAMINO***

Durante la huelga, con varios compañeros en la Frate de Haedo, habíamos asumido cuál sería el rol de cada uno para poder soportar la falta de cobro de haberes y de qué forma llegar con algunos alimentos a los más necesitados, de familia numerosa, a los Ayudantes, a los del interior, etc. y que debían aguantar lo más duro de la situación. En consecuencia junto con la Lombriz Gómez, José Vano, Piquito Lombardero y, si no me equivoco, el Tano Speraggi, formamos una especie de subcomisión que debía tomar contacto con otros gremios, otros trabajadores, comercios, supermercados, carnicerías, y todo aquel que nos diera una mano para poder juntar alimentos. En una oportunidad, las Madres de Plaza de Mayo efectuaron un acto en el Teatro San Martin, y nos dieron la oportunidad de poder concentrarnos en el hall del teatro con alcancías para que el público presente colaborara con dinero mientras hacíamos conocer nuestra causa.

Es así como, finalizado el acto, nos fuimos a la Sede y, abrimos las alcancías; habíamos juntado hasta el momento una magra suma y procedimos a repartirla entre nuestros compañeros más necesitados. Al otro día, junto a unos siete integrantes de estas subcomisiones, incluso con la Comisión de Reclamo, teníamos otro encuentro y manifestación frente al Congreso de la Nación. Luego de participar, espontáneamente, nos dirigimos hasta el edificio de La Fraternidad Central, distante a pocos metros del lugar donde nos encontrábamos. No me pregunten de quién fue la idea -pero surgió quizás por la hambruna reinante- de ingresar y solicitar algo para matar el hambre en el Restaurant. Nos comimos todo y tomamos todo lo que pedimos, incluso helado con champagne.... jojojo. Llegado el momento de abonar, trajeron la cuenta y... otra vez, espontáneamente, alguien dijo QUE LO PAGUE HORACIO CAMINO. Y nos fuimos.... jojojo, todavía recuerdo las risas. Grande fue el banquete y grande debe haber sido la cuenta. Por una vez, estábamos contentos durante el paro.

Espero que lo hayan disfrutado, tanto como yo, que ahora lo recuerdo, pidiendo disculpas por los que participaron y sinceramente… me olvidéde quienes fueron..Ahhhh, para los que no saben quién es Horacio Camino… resultaba ser nuestro representante en la Comisión Directiva de nuestro gremio La Fraternidad. Y que no escuchó a las bases.

Capitulo12. ***MALVINAS***

Noche pesada en Realicó. El vagón dormitorio es de los primeros, de los antiguos. Acogedor pero chico pese al frío para los mosquitos y los ronquidos. Temprano habíamos cenado con la Chancha Antenucci, mi maquinista del mejor diagrama de cargas en los servicios de Pico-Realicó- Timote. Lo había heredado por el ascenso a categoría superior de Ojito Fernández, el foguista más viejo de la seccional con rango de Conductor Autorizado. Es decir, Ojito tenía la categoría pero no el nombramiento, por lo que la empresa, en caso de necesitarlo en plena cosecha, lo subía a Conductor y libraba su puesto de foguista al mejor servicio de la lista, al que le tocaba. Así lo relevé yo en ese puesto.. Lunes a Realicó, martes a Pico con el 5120; miércoles, maniobra; jueves con el pasajero a Timote y viernes regreso a Pico…Sábado a órdenes y domingo descanso… y viceversa… es decir al revés …pahhh, de lo mejor... con viático y descanso en el fin de semana… de lo mejor…

Aquel jueves, 1 de abril de 1982, nos encontrábamos en Realicó. Habíamos cenado unos bifes con cebolla y puré, especialidad de la Chancha, y junto con nuestro guarda tren, Eduardo Obejero, saboreamos la cena tempranera adobada con un tinto de damajuana. Tomamos unos mates y a la cama, ya que a las 4:30, el llamador de la estación, Palito Romero, nos vendría a despertar para iniciar el relevo del 5119 proveniente de Avanzada, San Luis. Las frazadas no alcanzaban para calentar esa cama chiquita, arrugada, de colchón de lana, pero asomaba la nariz para recibir la tibia brisa que venía del lado de la estufa rusa del comedor y aprovechaba para escuchar la *transistores* del viejo que roncaba a los diez minutos. Así mirando el techo del vagón de antaño, me dormí.

"¿Qué pasa, Nelson?" Me despertó el suave pero constante sacudón del viejo."¿Ya son las cuatro y media? Ya me levanto."Calcé mi ropa y botines, el camperón, saqué el cepillo de dientes y arranqué para el pequeño baño… pero el viejo me paró en seco con un mate ofrecido. Cosa rara, porque siempre esperaba que volviera con la boca limpia… "Toma, Gustavo…"Cosa extraña otra vez, jamás me llamaba por mi nombre, para él yo era el Chocolate. La radio se escuchaba de fondo, sobre la mesita. Me acercó una silla, Calentando la pava se encontraba nuestro guarda, el Negro Obejero, qué cosa rara…

—¿Qué pasóo? ¿Algo grave? ¿Pasó algo con mis viejos???

—NO.NO. No te asustes, es que hay una noticia que están dando por la radio. Todos los noticieros están dándola. Escuchá…La música…la conoces…???— Una cortina de clarines y sí, es la Dama de las Camelias … pero ¿Qué pasó???

─Recuperamos las Malvinas, Choco… hace un rato, desembarcamos en Puerto Stanley, lo asegura Radio Colonia y las demás emisoras se están acoplando con la noticia…

Me fui corriendo al baño, me cepillé los dientes, me miré en el espejo. Tenía una emoción incontenible, quería sentarme en el inodoro como todas las mañanas, pero el griterío en el comedor pudo más… Ya estaba Palito Romero, el llamador y cambista de la estación… caminé hacia ellos y nos abrazábamos entre todos, riéndonos. ¡¡¡Recuperaron las Malvinas…Son nuestras!!!

Empezamos a preparar los bolsos, se acercaba la hora del relevo, ya estaría llegando nuestro tren… Palito me ofrece el último amargo y con su sonrisa cómplice, me mira y dispara:

─Choco,¿qué clase sos vos?

─¿Yoooo ? 62, Palito, ¿porqué, amigo???

─Por nada Choco, por nada…

Capitulo13 : MIS AMIGOS

Este último tramo, lo voy a escribir sólo para recordar los buenos tiempos en las personas que alegraron grandes momentos de la existencia en mi vida laboral. Quisiera comenzar para nombrar a los Hermanos Juan Carlos y Pepe Holzman, a Danielito Bidegain , a José Servio, negro querido que estás en los cielos… Jesús Serrano, Cachito Masseo, ellos fueron entrañables amigos del comienzo, con los que compartí el coche cama donde nos alojábamos, en Haedo, para realizar el curso de ayudantes, ocho meses de amistad que estos 30 y pico de años pasados no podrán disolver jamás. Allí también tuve la suerte de conocer a Cacho Carestia, Ruben Ugartemendia, Miguel Vivas, Ricardo Rubio, al Ruso Gag , Poroto Echecopar, Tocha Torres, Luis Pozzi, Adrián Carlocchia, Juan Carlos Mota, Antonio Pomes, Pancho Sánchez, Horacio Saccaro, Hugo Palacios, Carlitos Muños, Daniel Domine, Bagre Bulleguini, Marcelo Farías , Cabezón Ruaro , Sergio Ahumada, Negro Palacios, Alejandro Cuñado , Carlitos Cejudo, los Strufolino.....

Tema aparte a la legión sindical: sin Cacho Bentancurd, Roberto y Celso Vechi, Beto Juárez, Leonardo Sechi, Luisito Prenollio con su Almirante Brown y los casetes de Queen, Daniel Tronconi, Gustavo Vaccaro, Jorge Albornoz, Daniel Eirea, Tucho Barbesino, Horacio Capria, Jorgito Piancino, Lombriz Gómez, José Vano, Patita Velásquez , Carlitos Paiz, Lagarto Brengi, Mario Donadio, Flaco Ortiz, Roberto Diguida, Pájaro Silvero, Lulo Fernández, Carlos Cejudo, PriPri Polli , Manolo Yelamo , Tano Vitale , Jorge Ramaglia, sin ellos, nada en mí hubiese tenido sentido.

En jornadas de protestas, mis brazos levantaron la bandera de la Fraternidad Seccional Haedo con mi amigo del alma, TANO SPERAGGI.

Escuchar en una Asamblea a los viejos lobos como Don Rubén Ugartemendia, al gordo Blomberg, Marcelino, WadalTomaselli, al Gordo Plaza, Oreste Giorgi, Distefano, el Puma… Guauuuuu, qué maestros, amantes eternos de los rieles y sus locomotoras, incesantes e inquebrantables defensores del trabajo de conducir sin carnerear y con el reglamento bajo el brazo. Recuerdo imborrable para ustedes, Maestros Queridos.

Nuestros instructores de fierro: Lorito Moyano, Daniel Cretari, Carlitos Salomone y Carlos Moreno, el viejo Pisano, todos bajo la estricta mirada del Pelado Casatelli.

En La Pampa, (Pico-Realicó) un recién llegado ayudante como yo fue feliz renegando en las vías con tan buenas y macanudas

personas como, empezando por los más viejitos: Domingo Quinteros, Cacique Anzorena, la Chancha Antenucci, Manga Corta Ponce, Aldo Romano, Negro Pérez, Pito Becares, Don Lucas Lucero, viejo amigoooo, Carlitos Corso y siguiendo por los más jóvenes jajaja, de mi época, Huguito Stempelent, Jorgito Albornoz, Roberto Tomaselli, Carlitos Peraza, Luis Giraudo, César Valle, Juan Carlos Pregno, Pucho Lopez, Edgardo Lamoreaux, Canepini, Chocolate Anzorena, Juan Carlos Fridel, Ariel Guarda , los Félix, Alfarito ,Tomate , y Tito Garcia….

Y de Realicó, recuerdo para siempre en las figuras del Tero Caballero, del Ruso Natino, de Daniel Tomatis, del Enano Brignoni, Tordo Avila, Walter Schaffer, del entrañable Ojito Ibarra, de Horacio Pérez, y de mi compañero de pieza, el Cieguito Libolsi:¡cómo te quiero y aprecio amigo!

De relevos en Mechita, fui ayudante con Venus y Sol Vargas, Gatillo Erniaga, Alfredo Torresi, Chivo Domine, Ternero Bernetti, Negro Butrón, los Hermanos Alsina, Ñato querido, Ricardo Urzumarso, Bruja Berto, Negro Zaccaro,

… y además compartir grandes momentos con Horacio Luján , el Taja , Gonzalo Gil, Búho Devila, Raúl Pozzi, Mario Baltare, Gallego Sanchez, Luis Lachimia, Marcelo Seira, Raúl Velásquez, Poroto Echecopar, Pirulo Corti, Miguel Ugarte

Pasé tres meses en un relevo en Roberts con Daniel Domine, loco lindooo, pura guitarra, facha y minitas para el Dani… vago querido.

La seccional Lincoln fue conexión permanente en mi labor ferroviaria. Surgieron como yuntas intachables Chiche Beriguestain, Néstor Vargas, Chango Cárdenas, Chino Muñoz, Gringo Benedetto, y el atorrante que más aprecio… Walter Colazo.

Párrafo aparte para testimoniar en los que ya partieron… Rusito Cratosqui, Bochón Cheves, Gatillo Erniaga, Marquitos Lucero, Raúl Dentte, Tano Speraggi, PriPri Poggi, Jorgito Marshal , Trabuco Castaño, Gaucho Abelairas y tantos otros..

El Tano Esperaggi, Celso Vechi, Ricardo Daniel Eirea, Tito Juarez, Pripi Poggi, Daniel Neiser y El ruso Gab. Y la damajuana al costado vacia…. Que bodegon andante jajajaja

Ricardo Brito, Cachi Strufulino, Jorge Piancino, Jose Moyano, Ruben Garcia, Carlos Moreno, Pastelito Baiardi, Cachito Masseo y Jorge Carestia

El puchi cuando entraba en la cabina jajajajajaja.

Rebeldes Ferroviarios

Lucho Bustamante, Horacio Ruiz, Negro Carbonel, Cabezón Cruzat, el Puma, Vasquito, Negro Kaan, Liebre Traini.. Fiesta de los 100 años de La Fraternidad

Celso a full con la Comisión de Reclamos

Tucho Barbesino, Vasco Ugartemendia, Gustavo Vaccaro, Flaco Capria, Flavio Ciconi, Celso Vechi , Horacio Capria

El querido tanito, el Puma Santareli , Celso y Roberto

Wadal Tomaselli se vuelve a Pico y gran asado para despedir un viejo luchador

Manuel Yelamo, Lulo fernandez, Pajaro Silguero, Guarani Lopez, Jose Vano, Chino Muñoz, Celso Vechi, Tucho Barnesino, Guadaña Benitez, Beto Juarez, Tordo Avila,

Horacio Peres, Luis “Manga Corta” Ponce, Luisito Pozzi, Edgardo Lamoreaux , Daniel Corso y creo que el Tero Caballero. Herbalejo de Villa Maza y Basilio Zeuzuch de Bowen . (Foto gentileza de Luis Pozzi)

Ariel, Dani y Ojito. Dotacion Realiquense

Roberto Vechi, Cachito Betancurt, Luis Prenollio y Enrique Tronconi. Mammma mia.. Mis amigos.

Gentileza de:

ARREDAMENTO

MUEBLES PARA

CONVIVIR

Av. RIVADAVIA 16.051

1706 HAEDO

Tel. 659-4757 - 1135

Centenario

SOCIEDAD DE PERSONAL FERROVIARIO DE LOCOMOTORAS
LA FRATERNIDAD
REPUBLICA ARGENTINA

1887 - Junio - 1987

Cena Aniversario

Sección Haedo

Torta de los 100 Años. Obra de Horacio Capria

Por último, permítanme nombrar a personal de estación que también fue parte de este tiempo feliz, como Avelino Frías , Tordo Avila, Lito Mendoza , Palito Romero en Realicó – La Pampa y el Negro Romano en la estación Cerrito.

RAMAL QUE PARA RAMAL QUE CIERRA

El 5 de Febrero de 1991 se realizó un paro general de 24 horas, que resultó el comienzo de una protesta que se prolongó por 45 días, fue la más dura huelga realizada por las bases de los cuatro gremios ferroviarios. La Seccional Haedo, firme en sus propósitos, mantuvo activa la suspensión de los servicios en forma constante, pese a ser víctimas en casi su totalidad de despidos y suspensiones de sus conductores y ayudantes. A partir de ese momento, se produjo una ruptura entre directivos y afiliados, algo que se mantuvo hasta el año 1993, cuando la Empresa Ferrocarriles Argentinos es diezmada y dividida en varias subempresas privadas. “Ramal que para, ramal que cierra”manifestaba el Presidente, y es así

como desaparece como seccional y como tramo de servicio de pasajeros, Realicó, norte pampeano. Y es ahí donde me voy.. Apretado por un horizonte oscuro, sin apoyo sectorial, con directivos que nos amenazaron a mí y a mis compañeros, se me otorga el Retiro Voluntario, un despido encubierto.

FERROCARRILES ARGENTINOS

ULTIMO AVISO
A TODO SU PERSONAL

FERROCARRILES ARGENTINOS
EXHORTA A TODOS SUS EMPLEADOS
Y EN ESPECIAL A LOS QUE TRABAJAN
EN SECTORES QUE HAN SIDO
CONCESIONADOS Y ENTREGADOS,
LINEAS MITRE, ROCA Y SARMIENTO,
A QUE SE ACOJAN AL REGIMEN DE
RETIRO VOLUNTARIO, HASTA EL 30.4.93
PERCIBIENDO LA INDEMNIZACION
LEGAL POR ANTIGÜEDAD,
DE UNA SOLA VEZ Y EN EFECTIVO.

ESTA INVITACION, QUE LA EMPRESA
VIENE REITERANDO HACE MAS DE DOS
AÑOS POR TODOS LOS MEDIOS A SU ALCANCE
Y QUE FUE ACEPTADA POR
MILES DE SUS EMPLEADOS,
CONSTITUYE EL ULTIMO AVISO
AL RESTO DEL PERSONAL.

LA INTERVENCION

Compañeros Fraternales: ETERNAMENTE AGRADECIDO de haberme permitido recordarlos. Hasta aquí llegué. Ahora me despido de todos. Saben cuánto significan para mi sentimiento ferroviario. MI CASA ESTÁ CON LA SEÑAL BAJA, cuando lo deseen los espera. Me encantaría poder reunirlos a todos. No dejen pasar mucho tiempo, queda poco hilo en el carretel. A mis Instructores Lorito Moyano y Negro Pisano , a los que me hicieron de Piloto, a mis compañeros de aventura, a las noches de los rápidos a Mercedes, a la

Maniobra de Playa Norte con el Negro Giménez, Tero Godoy, Triki, Chavo , a los haciendas a Mataderos, a las tardes de Sapito en la Casona, a las heladas jornadas en Roberts, en Realicó, en Pico, en Villa Maza, en Rivera, en Quemú Quemú, a las escapadas al boliche con el Cieguito Libolsi, a la mateada en la Frate de Haedo, con Celso, Roberto, Cacho Carestia, con el Vasco, con el Lagarto, a Mármol, al diagramado con Alfredo Torresi, con Gustavo Lizarazo, a las corridas en San Isidro con Cacho Masseo, Tocha Torres, Pedrito Mansilla y el Poroto Echecopar, a los Bombos del Beto Juárez, a los amigos de Realicó, Ojito Ibarra. Ariel Brignani, Daniel Tomatis, Tero Caballero, al 115 con Vasco Ugartemendia, al 5120 con la Chancha Antenucci, a los gallineros de las estaciones de Pazos Kanki y Balza donde robábamos gallinas al paso, a Chiche Berigueistan con el Diesel a Lincoln, a la guitarra del Chivo Domine, al caballo Colasso por el Ranquelino a Realicó, a Néstor Vargas compañero hasta Cuenca, al calentador del Negro Saccaro, a las chuletas del cacique Anzorena, a los puchos del Pito Becares, a Blomberg, al Puma, a WadalTomaselli, al Flaco Ortiz, a Palacios, a Lito Mendoza, a todos MI ETERNO RECUERDO DE UNA EPOCA DE GLORIA.

Y a vos, querida GR 12, a la 6627 diagramada en Realicó, a tu tranco, a tu fuerza, al ronquido de los 8 a fondo , a tus frenos, a tu nobleza , a tu calor , mi vida , mi epopeya, mi juventud laboral se fue el día que me llegó el telegrama de despido y pasé a Retiro Voluntario (Obligatorio diría yo).Y a vos viejo, Beto, capataz e Inspector de Artesanos, Cuadrilla Realicó, vos que ya partiste, vos que me anotaste en el Curso, HONOR y GLORIA... VIVA LA FRATERNIDAD y SUS BASES INDOMABLES.... Hasta siempre Compañeros...

Y a la memoria de mi querido hijo Ezequielito… TE AMO HIJO y de Don Rubén Ugartemendia y Don Alfredo Torresi.-

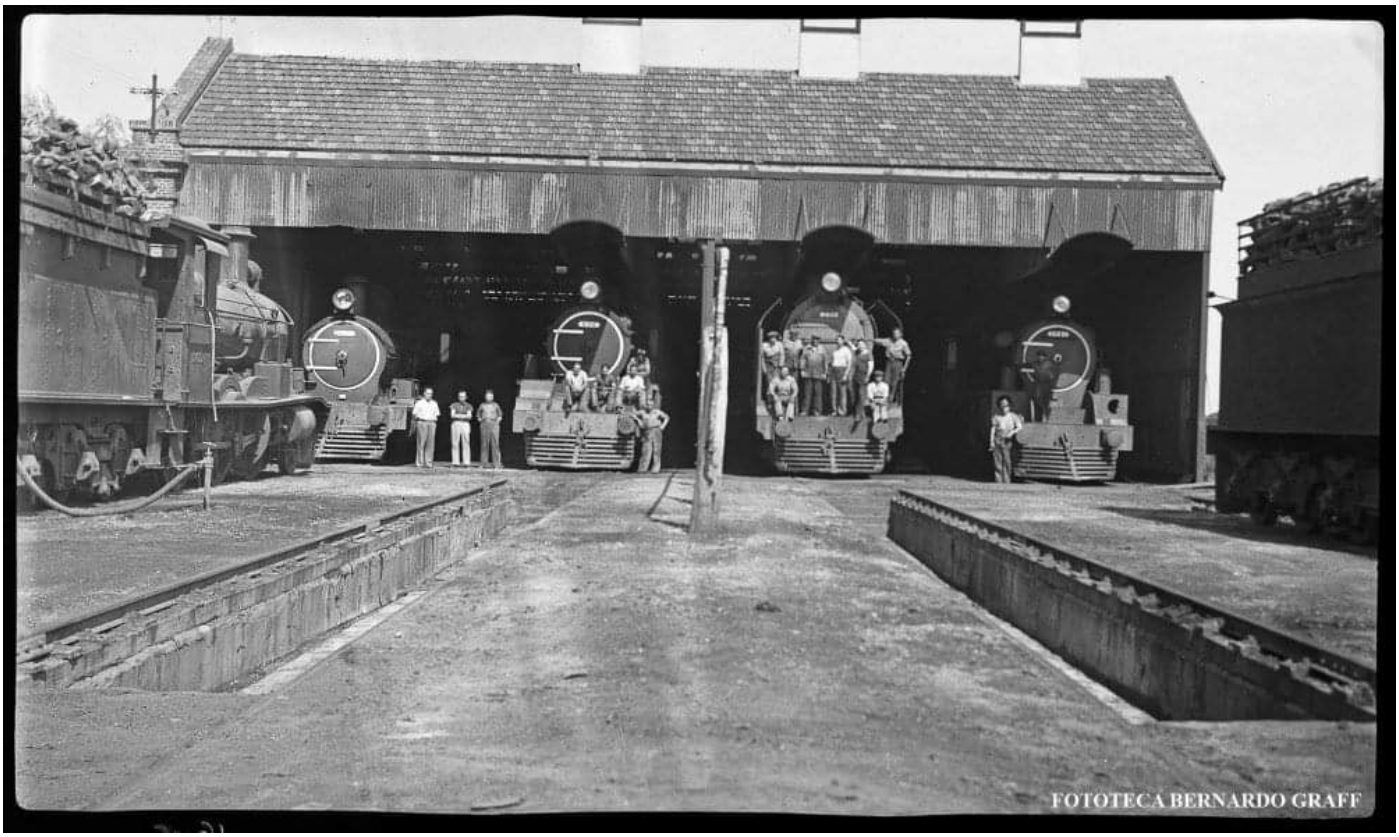
Mamá Porota te amo y te extrañooo..

Simon, Diego, Julieta, Octavio, hijos queridos, tal vez no le dedique el tiempo que merecían, sepan comprender en este libro lo que tanto me atrajo. Los amo Hijos queridos.

Gustavo Rojo, Colimba en Haedo, Chocolate en La Pampa….

La GR 12 6627 fue en mi vida ferroviaria la preferida, La Reina de La Pampa.Ahora la han reacondicionado y presta servicios en NCA, Nuevo Central Argentino. Qué fierro. Qué nobleza. Hasta siempre Compañera.

Depósito Locomotoras Realicó(La Pampa) A los siete u ocho años de edad jugaba en estas fosas. Año 1969



La 9018 cruzando entre las aguas de la inundación

AMIGOS QUE YA PARTIERON

Judío Alfredo Mattio

Aldo Cratoski

Agradecimientos para autores y/o propietarios de las fotografías exhibidas:

Fototeca Bernardo Graff.
Claudio Gallegos.
Familia Filippini.
José Kucher.

Enorme amigo Roberto Manuel Vechi, Autor del Libro FERROCARRILES ARGENTINOS Crónica del saqueo, tu aporte fue esencial para que pueda realizar esta antología. GRACIAS FLACO